



Capítulo 259 - Ve a trabajar, idiota

El otrora lujoso restaurante parecía ahora una escena de pesadilla. Paredes manchadas de sangre, mesas destrozadas y cadáveres de vampiros esparcidos por cada rincón. El olor metálico de la sangre impregnaba el aire, mezclándose con el aroma de los exquisitos platos que permanecían intactos en las mesas.

Gwen dejó escapar un profundo suspiro antes de arrojarse sobre el cadáver aún tibio de uno de los soldados vampiros caídos. Su piel azul brillaba bajo la tenue luz, ahora teñida de rojo. "Maldición... eso fue intenso."

El silencio que se prolongó durante unos segundos fue roto por Katharina, quien aún sostenía la cabeza del último vampiro superviviente. Miró directamente a los ojos muertos de la criatura antes de aplastarla entre sus dedos, reduciéndola a cenizas con el calor de su energía. Su mirada penetrante recorrió el pasillo devastado. "¿Podrías explicarme qué demonios acaba de pasar?"



Valerie, aún aferrada a su lanza, limpió un poco de la sangre que goteaba de la hoja negra. Respiró hondo, inhalando el aroma de la masacre que la rodeaba. "¿Intento de secuestro? ¿Emboscada? Yo diría que esto es una acción terrible..." Levantó sus ojos dorados y miró a los demás con una sonrisa desdeñosa. "...para ellos."

Ada, que hasta entonces había estado observando en silencio, se acercó a la mesa donde habían estado sentados antes y simplemente tomó asiento, levantando las piernas con un suspiro perezoso. "De verdad... hacía tiempo que no sufríamos una masacre como esta".



Roxanne, que acababa de limpiarse una gota de sangre de la comisura de los labios, rió suavemente mientras acercaba una silla a Ada. "Mmm... la última vez fue en ese ridículo club nocturno". Ladeó la cabeza, pensativa. "Esos idiotas que intentaron acosarnos..."

—Ah, cierto... —interrumpió Kaori, cruzándose de brazos y apoyándose en la pared, con el cuerpo aún cubierto de sangre—. El dueño pensó que podía ponernos las manos encima sin consecuencias.

"Así que lo partí por la mitad", continuó Roxanne con naturalidad, como si recordara un suceso cotidiano. Se pasó la lengua por los labios, buscando todavía algo dulce en la mesa, pero solo encontró un vaso roto y un vino caro derramado sobre el mantel blanco, ahora teñido de rojo. "Después de eso, fue una verdadera carnicería... masacramos a todos los demonios que estuvieron a su lado".

Gwen se burló, pasándose los dedos por el cabello plateado, ahora completamente empapado en sangre. "En serio, fueron bastante rápidos, ¿eh?"



Katharina arqueó una ceja, relajándose un poco. "¿Qué trama el marido?"

Kaori cogió una botella de sake olvidada del mostrador destrozado y bebió un trago directamente del vaso. "¡Ni te lo pierdas!"

La sala quedó en silencio por un instante; el único sonido era la sangre que goteaba de las mesas al suelo. Afuera, la luna brillaba sobre Mónaco, bañando el salón en ruinas con su luz plateada.

—Bien... ¿Alguien puede explicarme qué demonios pasó? —preguntó Katharina, dejándose caer en una de las pocas sillas intactas. Aún estaba sin aliento, con el pelo pegado a la piel por la sangre de los vampiros que acababa de masacrar.



Valerie dejó caer su lanza sobre la mesa, aún vibrando con rastros de energía demoníaca, y levantó un pesado saco de cuero antes de arrojarlo al suelo con un golpe sordo. El olor a sangre fresca llenó el aire mientras algunas cabezas cercenadas rodaban.

—Encontramos un fragmento de Excalibur —dijo finalmente, limpiándose un hilillo de sangre de la comisura de la boca—. En Rumania... pero parece que nos descubrieron antes de que pudiéramos alertar al Rey.

Gwen se cruzó de brazos y suspiró, apoyándose en la mesa con expresión cansada. "Sí... queríamos advertirle, pero no tuvimos tiempo."

Kaori, terminando de limpiar la hoja de su katana, se burló. "En cuanto nos enteramos, te atacaron. Parece que esos cabrones iban un paso por delante".

Ada hacía girar entre los dedos una copa manchada de vino y sangre, observando cómo se mezclaban los líquidos. "Bueno... ahora están todos muertos. Así que, técnicamente, volvemos a estar un paso por delante". Sonrió con sorna, con los ojos brillantes de diversión.

Roxanne sacó una de las cabezas de vampiro del saco y la examinó con curiosidad antes de tirarla a un lado. "Odio cuando intentan hacerse los listos..."

Valerie crujió los dedos, haciendo que chispas demoníacas bailaran entre ellos. "La cosa es que... si sabían del fragmento, alguien les pasó esa información incluso antes de que llegáramos."

Gwen sonrió, con un brillo peligroso en sus ojos violetas. "Eso significa que tenemos un traidor."





Katharina echó la silla hacia atrás, se levantó y estiró los brazos. "Bueno, ya que terminamos aquí, creo que es hora de irnos antes de que surjan más problemas".

Ada se bajó de la mesa con un suspiro, agarró una servilleta e intentó, en vano, limpiarse la sangre de los brazos. "Solo quería terminar de cenar sin tener que decapitar a nadie... Pero supongo que es demasiado pedir."

Roxanne se encogió de hombros, todavía lamiéndose la sangre de los dedos. «Al menos fue divertido. Y por fin encontré un postre intacto». Levantó un macarrón rosa que milagrosamente había sobrevivido a la masacre.

Valerie tomó su lanza y se giró hacia la salida, pero en el momento en que dio un paso adelante, el piso debajo de ellos comenzó a brillar intensamente.

Kaori entrecerró los ojos. "¿Ciclo mágico?"

Antes de que nadie pudiera reaccionar, el suelo tembló y un vórtice de energía se abrió justo en el centro del restaurante en ruinas. Runas brillantes se extendieron por el aire como chispas incandescentes, y en un abrir y cerrar de ojos, dos figuras emergieron de la luz brillante.

Vergil salió primero, con su mirada penetrante escudriñando la escena a su alrededor. El olor a sangre, cuerpos descuartizados y destrucción no le sorprendió en lo más mínimo. Simplemente suspiró, llevándose una mano a la cara. "¿De verdad no puedes ir a una cena sin convertir el lugar en una zona de guerra?"

Raphaeline apareció a su lado, con su vestido impecable y una sonrisa pícaro en los labios. «Ay, me encanta cuando llegamos después de la carnicería. Menos trabajo para mí».





Gwen hizo una ligera reverencia, con una sonrisa juguetona en los labios. "Estábamos a punto de informarle de todo, señor", dijo, acercándose a Vergil.

Vergil se cruzó de brazos, lanzando una mirada penetrante a la destrucción que los rodeaba. "Me imagino." Luego se volvió hacia Ada, Katharina y Roxanne, luego hacia Valerie, Gwen y Kaori. Su mirada recorrió los cuerpos destrozados, la sangre que cubría el cabello y la ropa de las mujeres, y dejó escapar un suspiro. "Qué desastre."

Sin dudarlo, levantó una mano, manipulando la sangre suspendida en el aire. En un instante, el líquido carmesí fue absorbido, como si nunca hubiera estado allí, dejando a las seis mujeres completamente limpias.

Raphaeline observó con diversión y luego levantó la mano, absorbiendo la sangre que había empapado el suelo y las paredes. "De verdad, qué desastre... Pero al menos ahora se ve más presentable". Sonrió satisfecha, agitando la muñeca en el aire como si acabara de hacer un truco de magia.



Gwen chasqueó la lengua. "Es un poco triste ver desaparecer toda esa sangre. Me sentí como una obra de arte contaminada".

Kaori suspiró, acomodándose el moño. "Menos drama, por favor. Ya tenemos suficiente con esta situación".

Vergil simplemente levantó una ceja. "Ahora dime... ¿qué demonios pasó aquí?"

Tras escuchar la explicación, Vergil suspiró profundamente y se pasó una mano por el pelo. Recorrió con la mirada a las seis mujeres antes de dar la orden.



"Vuelve al Inframundo y reúne a los demonios. Me encontraré con ese tal Alucard". Su voz era firme e inquebrantable, como si su decisión fuera tan simple como elegir qué cenar.

El silencio llenó la habitación.

Todos lo miraron fijamente, algunos parpadeando con incredulidad, otros frunciendo el ceño.

Entonces se alzó una única voz, cargada de sarcasmo y exasperación.

"Cariño... ¿quieres morir temprano?"

No fueron Gwen, Valerie, Ada o Roxanne.

El único con plena autoridad para decir tal cosa.

Rafael Baal.

Vergil levantó una ceja y lanzó una mirada despreocupada a Raphaeline.

¿De verdad crees que voy a morir sin más? —Rió entre dientes, sacando el móvil del bolsillo con total calma—. Deja de hacer tonterías. Solo voy a hablar con él. Azazel debería conseguir una audiencia... de rey a rey.

Escribió algo en la pantalla mientras hablaba, su postura completamente relajada, como si estuviera programando una cena y no fuera a encontrarse con el legendario rey vampiro.





[Oye, llámame, quiero hablar con Alucard...] Él envió...

El teléfono de Vergil vibró frenéticamente en su mano, haciéndole levantar una ceja.

¡TIMBRE!

¡TIMBRE!

¡TIMBRE!

Miró la pantalla y vio el nombre de Azazel parpadeando repetidamente. Suspirando, respondió. "¿Qué pasa?"

"¿¡QUÉ PASA?!" gritó Azazel desde el otro lado. "¿¡TIENES IDEA DE QUIÉN ES ALUCARDO, BASTARDO?!"



Vergil se apartó el teléfono de la oreja un momento, poniendo los ojos en blanco. "Tranquilo, viejo, solo quiero hablar".

¿SOLO QUIERES HABLAR? ¡CON EL REY VAMPIRO NO SE HABLA! ¡TE PUEDE ARRANCAR LA CABEZA SOLO POR MIRARLO CON MALDAD!

Vergil bostezó. "Oh, entonces que lo intente."

Un silencio pesado se hizo al otro lado de la línea. "¿De verdad quieres meterte con Alucard?"



Vergil rió levemente. "Oh, hijo de puta arrogante, dije que solo iba a hablar, joder. ¿Por qué haces tanto alboroto?"

—Mira, no soy tu contacto personal, ¿sabes? —gruñó Azazel desde el otro lado de la línea, con la voz cargada de irritación—. Lo quieres todo gratis, ¿eh?

—Oh, vete a la mierda entonces —murmuró Vergil, y sin dudarlo, adjuntó un archivo PDF y se lo envió.

[Ángeles muertos.pdf]

Hubo un breve silencio al otro lado de la llamada antes de que Azazel dejara escapar un profundo suspiro.

"Mis generales te despejaron la lista esta semana", continuó Vergil con voz fría. "Ahora deja de quejarte y encuentra la manera de hablar con Alucard antes de que envíe a tres reinas demonios a matarlo. Los vampiros imbéciles de su bando intentaron matar a tres de mis esposas, así que ponte a trabajar, cabrón".

La serie de insultos fue respondida con más silencio hasta que Azazel resopló.

"Eres un verdadero dolor de cabeza, ¿lo sabes?"

"Ve a trabajar, imbécil."

